

nuestra vista en esta beldad? Arturo, la seguiremos á cierta distancia para saber dónde vive. Me ha fascinado.

En el interior de Arturo pasaba algo que no podía explicarse; no había observado que los ojos de Amparo se detuvieron buscando una mirada de los suyos.

Por complacer á su amigo, le siguió sin decir una sola palabra.

Desde entonces, como hemos visto ya, Arturo y Luis frecuentaron la calle de*** y buscaron por todas partes á Magdalena, que iba de continuo acompañada de Amparo.

magdalena se le conataba que en corazon la un por adno mismo a puen ella amada. Magdalena, la orgulloza, la que tanto se fijaba en la posicion social de los individuos, no queria revelar á nadie que su alma, hasta entonces fria á los halagos de la inventar, amada á un hombre desconocido en las altas regiones que ella frecuentaba.

IV

Revelaciones.

En vano queria Magdalena ocultar su decision por Luis. Amparo, que lo conocia muy bien, notaba que algo extraordinario la conmovia, y que esto no era otra cosa que los albores de una pasion hasta entonces nunca sentida. Las confiancias de ambas habian cesado: las dos se ocultaban mutuamente sus sentimientos, y á pesar del entrañable cariño que se profesaban, temian comunicarse. Preciso es, sin embargo, establecer la gran diferencia que existia en el origen de aquella nueva conducta.

Amparo callaba porque temia perder la

amistad de Magdalena, si le confesaba que su corazon latia por aquel mismo á quien ella amaba. Magdalena, la orgullosa, la que tanto se fijaba en la posicion social de los individuos, no queria revelar á nadie que su alma, hasta entonces fria á los halagos de la juventud, amaba á un hombre desconocido en las altas regiones que ella frecuentaba.— La reserva de Amparo era hija del amor y la amistad; y la de su amiga, del orgullo que quiere conservar su poder hasta el último instante.

Aquella situacion no podia durar mucho tiempo.

Las dos amigas, cada una guardando á la otra aquel secreto, se ocuparon en tomar informes acerca de Luis.

Una tarde iba Magdalena graciosamente recostada en su hermoso cupé al paseo de Bucareli, en union de su inseparable amiga.

Al atravesar rápidamente la Alameda, vieron á Arturo y á Luis que, tomados del brazo, caminaban entretenidos en animada conversacion.

Es él!! exclamaron ambas á un tiempo, y ambas reconviniéndose interiormente á sí mismas, por aquella indiscreta exclamacion.

Pero ya el mal no tenia remedio, y hablaron de aquel jóven que ocupaba su pensamiento.

Llena de turbacion refirió Magdalena, que desde aquella mañana en que viera á Luis por vez primera, le habia amado con ese amor que hace de la vida un paraíso cuando es comprendido y cuando se mira correr el tiempo al lado del sér que cautiva nuestro corazon; pero que causa por cada instante de placer un siglo de dolor y de tormento. Confesó á Amparo, que habian sido inútiles todos sus esfuerzos al indagar quién era Luis y de dónde habia venido, porque el mayor inconveniente que hallaba á cada paso, era su orgullo, que no le permitia valerse sino de sus criados, que de nada le habian informado hasta entonces.

Amparo la escuchó con atencion extraordinaria, pero sin dar á conocer que en su pecho ardía mas viva aún que en el de Magdalena, la llama de un amor infinito, de un

amor inmenso que todo lo avasalla, y para el cual no hay ventura en el mundo, fuera de la que proporciona el objeto de ese amor. Amparo conocía muy bien que no era ella la que ocupaba el corazón de Luis, sino su amiga que con su orgullo había de hacerle sufrir de una manera inconcebible.

—¿Qué dirías si te diese yo los informes que necesitas? preguntó Amparo, procurando descubrir hasta la mas leve emoción en Magdalena, luego que ésta hubo terminado.

—Amparo! por lo que te sea mas sagrado, por lo que mas ames en el mundo, no tengas por mas tiempo á mi corazón en esta ansiedad; revélame todo; nada me ocultes; mira que yo, la altiva, la que ha escuchado con desden las protestas de mil adoradores; yo, hasta ahora consagrada solo á lucir en los salones y á inspirar un amor que no sabia sentir, conozco, amiga mia, que mi sér sufre una reaccion tremenda; siento que mi corazón late acelerado al recuerdo de ese jóven á quien, ¿por qué te lo he de ocultar? amo

mas que á mi vida, le amo con delirio; y ojalá que pueda amarle siempre.....

—Luis es su nombre, interrumpió Amparo, á quien hacian daño aquellas palabras.

—Háblame, pues, de Luis, solo de él; dime cuanto de él sepas; tú eres muy buena, y has querido servirme de ángel, á pesar de mi reserva para contigo hasta hoy. Perdóname; yo queria ocultar este amor, no solo á los demas, sino aun á mi misma; pero hoy que todo lo sabes, dame esta prueba mas de tu cariño. Habla, te escucho con ansiedad.

Ya conocen los lectores la historia de Luis; nada nuevo hallarian, pues, en lo que Amparo refirió á Magdalena.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de esta, cuando Amparo hubo concluido.

Ah! cuántas lágrimas cuesta el orgullo que llega á dominar el corazón en las clases elevadas de las ciudades cortesanas en que se amortiguan los sentimientos tiernos, y en que predomina la cabeza, y desgraciadamen-

te la cabeza vana de las que no han recibido desde sus primeros años sino lecciones que corrompen el corazón y anublan el porvenir!

¿Por qué lloró Magdalena, al oír que Luis solo tenía lo indispensable para no morir de hambre y para presentarse tan modestamente vestido?

Oigamos las últimas palabras que dirigió á su amiga en el paseo.

—Te voy, Amparo, á revelar un secreto. Mi padre está en quiebra; su posición actual es muy falsa; tal vez mañana tendremos que reducirnos á una condición miserable.

Yo no debo amar á un pobre, porque éste no me salvaría del ridículo en que caeré cuando aquello á quienes he menospreciado, puedan á su vez volverme mis desprecios. Yo debo aceptar, antes de que eso suceda, un enlace ventajoso, porque aun es tiempo de que mi posición actual, es decir, la aparente, sea la escala que me conduzca á una posición brillante y elevada. Luis, el sue-

ño mas hermoso de mi vida, se ha disipado; su recuerdo será un martirio lento para mi corazón. Yo no debo, no puedo amarle; si alguna vez me revela su amor, creeme, Amparo, le rechazaré; le diré que él no debe pensar en mí; heriré su amor propio para que me deteste y olvide.

—Creo que no tendrás fuerzas para tanto.

—Si la idea de un porvenir oscuro despues de descender de una posición como la que yo he ocupado, no me siguiese á todas partes, tal vez tendrías razón; pero no, yo tengo que ser grande, tengo que ocupar en el mundo un puesto brillante, aun á costa del sacrificio de mi corazón.

—Nunca triunfa el orgullo, Magdalena!

—Todo es inútil, Amparo, estoy resuelta. No puedo, no debo, no quiero retroceder.

Estas palabras fueron pronunciadas en los momentos en que las dos amigas llegaron á la casa de la calle de.....

Así terminó la conversacion.

Los acontecimientos que siguieron des-
pues, y que vamos á referir, os harán cono-
cer hasta dónde contaba Magdalena con la
fuérza de voluntad de que hacia alarde.

—Cree que no tendrás fuerza para tanto
—Si la idea de un portento oscuro des-
pues de descender de una posición como la
que yo he ocupado, no me sugiere á todas
las cosas, tal vez tendrías razón, pero no yo
tengo que ser grande, tengo que ocupar en
el mundo un puesto brillante, un á cargo del
interés de mi corazón.

—¿Una tiranía el orgullo, Magdalena?

—Todo es inútil, Amparo, estoy resuelta
No puedo, no debo, no quiero retroceder.

Estas palabras fueron pronunciadas en las
momentos en que las dos amigas llegaron á
la casa de la calle de...

Así terminó la conversación.

te. Pero nada era más hermoso y seductor
que aquel ambiente armonioso de espaldas
y hechuras jóvenes que, envueltas de un
modo espléndido, llenaban los salones, otras
cabe con el brillo de sus joyas, no menos
que con el de sus ojos, el esplendor de las
luzes, y compitiendo entre sí por su gracia
y hermosura.

En un baile.

No habían trascurrido muchos días des-
pues de aquel en que Amparo y Magdalena
hablaron en el Paseo de la manera que he-
mos oído, cuando tuvo lugar en esta opulen-
ta capital un suntuoso baile á que concurrió
lo mejor y mas bello de la sociedad mexica-
na. Los salones de la rica casa de***osten-
taban vistosas colgaduras, lujosos candela-
bros, preciosos jarrones en que descansaban
las flores mas exquisitas, y todo aquello, en
fin, que pudiera contribuir á embellecer y
aumentar el encanto de un sitio destinado
al placer de una sociedad fastuosa y elegan-

te. Pero nada era mas hermoso y seductor que aquel número extraordinario de esbeltas y hechiceras jóvenes que, ataviadas de un modo espléndido, llenaban los salones, ofuscando con el brillo de sus joyas, no menos que con el de sus ojos, el esplendor de las luces, y compitiendo entre sí por su gracia y hermosura.

En medio de aquel océano de bellezas, de luz, perfumes y armonías, estaba Magdalena, resplandeciente, encantadora, divina. Llevaba un elegante trage blanco como la espuma, primorosamente adornado del mismo color, y un rico collar de perlas. Sus negros cabellos, artísticamente entrelazados, formaban de su cabeza un precioso modelo, y las rosas de sus labios y mejillas contrastaban agradablemente con su alba frente. Magdalena era en aquellos momentos una emanación del cielo, un sér que no podia menos que cautivar á cuantos la mirasen. Notábase, sin embargo, en su semblante, que todo cuanto la rodeaba le era indiferente, y las breves y desdeñosas frases que salian de sus

labios, cada vez que algun jóven se acercaba á tributar la expresion de su admiracion ó su cariño, indicaban bien claramente que su pensamiento estaba distante del lugar en que ella atraia todas las miradas.

Súbitamente animóse la fisonomía de Magdalena, y se la vió agitada por una conmocion extraña.

Un jóven á quien ya conocen los lectores, Luis, entró al salon.

¿Cómo habia abandonado sus antiguas costumbres, el retraimiento en que estaba? ¿què buscaba en aquel lugar? si no pertenecia á la alta sociedad, ¿cómo se habia abierto paso hasta ella? Todas estas y otras muchas consideraciones hizo al punto Magdalena; y hubiera querido tener á su lado en aquel instante á su fiel Amparo, para descifrar entre ambas aquel enigma.

—Esta será una noche de prueba, se dijo á sí misma la hermosa; Luis buscará una ocasion de hablar conmigo, y me declarará su amor. Mi padre me ha comunicado hoy su ruina cercana; me ha aconsejado que tra-

te muy bien á los ricos que habrán de rodearme, porque, según sus palabras, mi porvenir depende de un enlace muy ventajoso. Luis, pues, no me conviene, y no debo alimentar esperanzas irrealizables. Además, ¿qué no irán á decir de mí todas aquellas que están buscando ansiosas una ocasión para zaherirme, al ver que doy la preferencia en esta fiesta á un hombre que se presenta por vez primera en esta sociedad? Tal vez crean que ningún poderoso me ha obsequiado, y me menospreciarán. No, yo no debo escuchar á Luis; yo, en último caso, le trataré con la mas fría indiferencia, con un desden sin límites. Una sola palabra de amor, en sus labios, tal vez haría que abandonase yo mis propósitos; y no debo olvidar ni un solo instante que mañana tendré, acaso, que descender de mi brillante y elevada posición actual. Dios mio! Dios mio! ¿por qué las conveniencias sociales nos hacen apagar los latidos del corazón?

Magdalena tuvo que hacer un supremo esfuerzo para ocultar dos lágrimas que en

aquel momento venían á empañar sus pupilas.

Todavía estaba procurando disimular su emoción, cuando vió acercarse á ella á Luis, acompañado del general*** antiguo amigo de la familia de Magdalena; y cuando menos lo esperó, escuchó estas palabras:

—Magdalena, seguro de que no me desairará vd., ni al joven Luis*** á quien tengo el gusto de presentarle, le ruego se digne bailar con él la pieza que se preludia.

—Muy bien, general, serán satisfechos sus deseos, repuso ella sin poder ocultar su emoción.

Trás estas palabras siguieron entre los tres aquellas cansadas fórmulas de la sociedad al adquirir un nuevo conocimiento.

Si Magdalena hubiera reflexionado antes, no hubiera accedido, bajo ningún pretexto, á bailar aquella noche con Luis. Pero es vano todo empeño cuando el corazón despierta á influjo de esas pasiones que lo conmueven en la juventud. El frío cálculo no puede vencer en este caso.

Magdalena salió á bailar con Luis.

Situacion embarazosa por cierto es en la que encontramos á nuestros héroes en estos momentos. Pocos hombres hay de mediana razon siquiera, que no comprendan cuánto es vulgar y propio solamente de los jóvenes insustanciales, requerir de amores á la hermosa con quien bailan por la vez primera; y las mas de las mujeres conocen aquel pensamiento de Severo Catalina, en que dice que el amor declarado entre las armonías de una danza, se evapora con la última nota de la música.

Luis luchaba con su idea, y al mismo tiempo no queria perder una ocasion que acaso no se presentaría otra vez. Además, él lo habia arrojado todo al concurrir á aquel baile con ese solo objeto.

—Magdalena! exclamó al fin—trás aquellos preliminares usados en casos como el presente, y después de interrogar con la mirada á su encantadora pareja, queriendo adivinar hasta su más íntimo pensamiento, hasta su mas leve emoción.—Magdalena, creo

que no se oculta á vd. el motivo por el cual he solicitado el honor de bailar con vd. Más todavía; creo que comprende vd. por qué me encuentro en este lugar. Jamás habia alcanzado respirar tan cerca de vd., jamás habia escuchado una sola de sus palabras; y sin embargo, me parece que vd. me conoce y me comprende.....

—Perdone vd. que le diga, interrumpió Magdalena, que me extrañan mucho sus palabras; que ignoro á qué se refiere vd. Yo le he visto, es verdad, varias ocasiones; lo recuerdo, pero..... nada mas. No sé cómo pueda vd. imaginar que comprendo yo el motivo de su presencia en este baile.

—Es vd. muy cruel, señorita! exclamó Luis lleno de confusion.

—¿Cruel yo? Por qué? repuso ella con una expresion dulce, coqueta, inexplicable.

—¿Por qué se desentiende vd. de mis palabras? Sí, Magdalena, vd. sabe muy bien que mi alma.....

—¿Acostumbra vd. tambien hacer lo que la mayor parte de los jóvenes, hablarnos de

amor apenas llegan á nosotras? preguntó llena de viveza y animacion nuestra heroína.

Aquella pregunta, en vez de desconcertar á Luis, le hizo cobrar nuevas fuerzas, y responder con entereza.

—Si no estuviese yo cierto de que vd. comprende por qué me he atrevido á manifestarle mis sentimientos la vez primera que he alcanzado escuchar su voz, Magdalena, las palabras de vd. bastarian para hacerme huir por siempre de su presencia, como huiré sin duda si vd. no acoge mi ruego; pero no, vd. no puede confundirme con esa turba que la rodea constantemente: vd. tiene demasiado talento para distinguir las frases estudiadas, de los ecos del corazón. ¿Verdad que no me equivoco?

—Pero..... vd..... yo..... no sé.....

La turbacion de Magdalena, sus frases entrecortadas, la habian vendido. Brilló ante los ojos del amante la bienechora luz de la esperanza, el amor le dió su elocuencia, le infundió valor, y..... ya cuando la danza

concluía, un placer puro, infinito, bañaba su alma y se reflejaba en sus miradas.

Magdalena habia sido mas débil de lo que hubiera sido cualquiera otra. Magdalena estaba enamorada, y en vano hubiera querido ocultarlo. Y Magdalena pronunció, no una frase que prometia la ventura para lejanos dias, sino una expresion tierna y cariñosa, dulce, acompañada de la mirada mas encantadora del mundo, que por sí sola hubiera bastado para enloquecer de contento al hombre menos apasionado. Y es que la mujer posee un encanto tal en ciertas circunstancias de la vida; sabe revestir sus frases mas breves de un poder tan supremo, de una expresion tan grata; hay en sus palabras tanta dulzura, tanto amor, que el corazón del hombre se siente débil ante ese torrente que todo lo avasalla, ante ese incendio que todo lo devora.

¡El amor! sentimiento purísimo que nace bajo la influencia de una mirada, y llega á dominarnos tanto, que no comprendemos la vida sin la union íntima con el alma del sér

que lo ha despertado en nuestro corazón. ¡El amor! pasión que lo hermosea y encanta todo, y sin la cual el mundo sería un horrible destierro.

¿Qué felicidad podría ser comparada á la que gozaba Luis en aquellos instantes?

VI.

Flor de un día.

Tan fácil es á una hermosa ser la llave de oro con que se abre la puerta del cielo de la felicidad, como el rayo del sol que marchita para siempre la flor de nuestros amores. El corazón de la mujer, misterioso logogrifo que en vano han querido los hombres de todos los tiempos descifrar, es la caja de Pandora de donde brotan todos los males. Las sirenas de la fábula, atrayendo con sus voces melodiosas á los navegantes para dejarlos morir en su isla y formar con sus huesos la blanca alfombra de Cirenusa, no son sino las mujeres de todo el mundo, cautivando con